

CICLO C
TIEMPO ORDINARIO
XII DOMINGO

“Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”, (segunda lectura). No se trata de un título honorífico, ni de una simple adopción legal, porque Dios, con su omnipotencia creadora, no nos hace hijos suyos jurídicamente, sino divinamente. Se trata de una verdadera regeneración, porque participamos realmente de la naturaleza divina. Somos hijos en Cristo, el Hijo único de Dios, al que nos incorporamos, por la fe y el bautismo. Estamos injertados en Jesús y de Él recibimos la savia, la gracia, la vida de Dios. Sin perder nuestro ser personal, llegamos a ser un sujeto nuevo en comunión existencial con Cristo.

La fe, que nos hace hijos de Dios, es creer en Cristo: debemos poner en Él toda nuestra confianza. La fe es creer a Cristo, aceptando plenamente el mensaje de vida que Él nos propone, porque estamos seguros de que siempre quiere lo mejor para nosotros. Debe ser una fe confesante, dando testimonio no sólo con la palabra, sino especialmente, con la vida, con las buenas obras. Como Pedro en el evangelio de hoy (“tú eres el Mesías de Dios”), que hace una confesión de fe valiente, aunque imperfecta. El verdadero Mesías –dice Jesús- tiene que padecer, ser desechado, ejecutado y resucitar al tercer día.

El cristiano cree en Cristo Jesús, autor y guía de nuestra salvación, que no es una tradición ni una costumbre, sino una persona viva y cercana, a la que hemos de seguir de forma clara y valiente en todos los terrenos de nuestra vida. Sin mesianismos ni fanatismos (la verdad se propone, no se impone), pero también sin complejos, ni miedos, porque la verdad es la que hace libres. El cristiano, hijo de Dios por su unión con Cristo, tendrá que vivir esta trascendental realidad sencillamente, pero también fraternalmente, porque todos somos “uno en Cristo Jesús” (segunda lectura).

MARIANO ESTEBAN CARO

